

Ave Rosalía

Francisco Luis Bernárdez

Formas de citación recomendadas

1 | Por referencia a esta publicación electrónica*

BERNÁRDEZ, FRANCISCO LUIS (2011 [1924]). “Ave Rosalía”. *El Pueblo Gallego*: 24 (23 de febreiro), 1. Reedición en *poesiagalega.org*. Arquivo de poéticas contemporáneas na cultura.
<<http://www.poesiagalega.org/arquivo/ficha/f/458>>.

2 | Por referencia á publicación orixinal

BERNÁRDEZ, FRANCISCO LUIS (1924). “Ave Rosalía”. *El Pueblo Gallego*: 24 (23 de febreiro), 1.

* Edición dispoñíbel desde o 2 de marzo de 2011 a partir dalgunha das tres vías seguintes: 1) arquivo facilitado polo autor/a ou editor/a, 2) documento existente en repositorios institucionais de acceso público, 3) copia dixitalizada polo equipo de *poesiagalega.org* coas autorizacións pertinentes cando así o demanda a lexislación sobre dereitos de autor. En relación coa primeira alternativa, podería haber diferenzas, xurdidas xa durante o proceso de edición orixinal, entre este texto en pdf e o realmente publicado no seu día. O GAAP e o equipo do proxecto agradecen a colaboración de autores e editores.

El periodista debería saberlo todo, y debe, a lo menos, apli-
car a estudiarlo todo. Julio CLARITE.

GALLEGO

Rotativo de la mañana

VIGO, SÁBADO 23 DE FEBRERO DE 1924

Año I

Num. 24

MEDITACIONES

UN DICTADOR INCONFUNDIBLE

En Vigo, como en todo el mundo, las dictaduras actuales son irreprimible tema en los núcleos parlantes de círculos, cafés, ateneos y demás lugares donde no se cotiza el tiempo. Moscú, traído por la muerte de Lenin a las baterías de la actualidad, Roma... El soviet, el fascio, dos dictaduras antitéticas, siguen apasionando al frívolo parlachín de tertulia y al concentrado vigia del pensamiento nuevo, que se sube a los libros para abarcar más campo.

Hoy nos interesa Benito Mussolini, el Duce romañolo que tiene el entrecejo tempestuoso de Bonaparte y las quijadas enérgicas de un toro de herrero. Nos atrae sobre su camisa negra la insignia del gran Batío de Malta.

Conocemos dos tipos de dictadura: la encarnada en un ambicioso arrollador que copa el poder y lo deforma hasta trocarlo en bandeja donde servir sus antojos; la que surge como proceso defensivo, para intervenir a modo de medicamento amargo y activo, conteniendo infecciones políticas o sociales. La primera suele ser unipersonal y ha tenido asombrosos ejemplares, desde el megalómano teatral que prende fuego a Roma, hasta el Porfirio de bronce helado que contesta a una consulta: "Mátalos en caliente".

La segunda es casi siempre ejercida por sectores sociales cerrados, por gremios homogéneos que han pensado que su propia naturaleza les impone el deber de intervenir en los asuntos públicos, de acudir en socorro de algo que les parece pasar por un trance crítico de disgregación, de suicida desidia, de borrascosa anarquía o de preagónica insensibilidad.

Pero Mussolini, que, como la salamandra, había cruzado sin quemarse la galería de llamas de los credos subversores, ha creado una modalidad mixta de dictadura. El fascio, con su hervor latino, con su escenográfica perfección romana, con sus marchas bajo la lluvia embriagadora de los himnos, con sus saludos de museo, es un espejo gigante donde se mira el Duce, ese macho de gran cerebro que ha tapado los volcanes con la mano. Mussolini se hizo pastor de todas las inquietudes nacionales desorientadas creando una forma intermedia entre el poder personal y la soberanía del pueblo. Y un día dándose en comunión a la muchedumbre, cuando la célebre y perfecta oración democrática de Milán, magnífica pieza verbal que puede codearse con las arengas del conde de Fiume; otro, clavando con hercúleo esfuerzo las columnas de la disciplina, para diferenciarla netamente de la libertad apostada por el desorden; hoy dando leyes de clara protección al proletariado; mañana haciendo abortar una huelga general sólo con mostrar al revolucionario D'Aragona una lista de proscripción... Mussolini se mantiene siempre despierto en el puente del buque y cuando maniobra lo hace sin vacilaciones.

Estamos, pues, ante el dictador de cien ojos y de cien oídos; ante el caudillo que amasó personalmente y a su semejanza las candentes legiones; ante el hombre impasible que por igual desdén las demagógicas sirenas de su pasado y las fascinaciones insistentes del mundo adormecedor que ahora frecuenta. Aquella amarga frase de Benavente — ¡Bah; cantor de la miseria hasta que las princesas quieran escucharte! — no reza con Benito Mussolini. Hoy las princesas escuchan al Duce; pero le escuchan verdades.

En su historia hay mucho dolor: hambre; persecuciones, destierros. Y, no obstante, este hombre, nacido en el país clásico de la venganza, no es rencoroso, no se desquita. Sigue su camino, sin que los recuerdos duros le pisen el manto, atento sólo a las anunciaciones puras, sediento de futuro.

Al tratar de Mussolini unos escritores recuerdan a Maquiavelo; otros a Cromwell. Acaso, acaso de ambos se nutra esta soberbia personalidad. También aluden a Napoleón, influidos sin duda por la semejanza meramente física.

A nosotros hoy no nos importa señalar más que la característica central de Mussolini, la de intelectual, la de hombre de acción de fuertes antecedentes intelectuales. Esta característica es la que le hace inconfundible, la que presta originalidad a su dictadura. Y por eso su dictadura, censurable en cien aspectos, tiene estilo.

ESTELAS

AVE ROSALIA

Ochenta y siete inviernos han encanecido la tierra, ochenta y siete inviernos han transcurrido ya... El 23 de febrero de 1837 advino al mundo aquel sacro espíritu de Rosalía de Castro.

En torno a su recuerdo las estrellas votivas de todas las devociones se han encendido, las flores todas del cariño se han bordado, los rosales de todos los espíritus buenos y generosos y comprensivos han retoñado en una epifanía floreal de litúrgicos aromas, en una cordial exaltación de amorosas fragancias...

Mentarse a Rosalía no es resucitar un tópico. Rosalía—respecto a Galicia—ha rebasado la categoría jerárquica de un tema inexcusable, de un tema perenne, de un tema eterno... De un tema eterno, sí, de un tema eterno co-

mo el amor, como el dolor, como la muerte. Quien adjudicó a la santa poetisa carácter de símbolo, narta razón había. El dogma de la pobrecita del Sar se apoya en este paradójico triduo; el recuerdo, la amargura y la esperanza. Sobre el recuerdo y sobre la esperanza, sobre la saudade y sobre el deseo, considerados como categorías filosóficas, ya nos dijo Leonardo Coimbra que son potencias anímicas, generadoras de "libre y robusta energía vital". Por eso hay en la espiritual feminidad de Rosalía un íntimo desborde energético; conciencia del mañana, afán de futuro, "hambre de inmortalidad".

Por lo tanto, la saudade—que acaso no sea otra cosa que la esperanza fecundada por el recuerdo—no significa esteril molición, lacrimosa impotencia, bizantinismo, decadencia. No. La saudade es vida, fuerte y vigorosa y digna vida, que para avanzar cara a la muerte, para lanzar dudas, pa-

ra emproar arcanos, busca su propia fuerza en los estratos de su pasado.

Frei Agostinho da Crus, Anthero de Quental, Rosalía de Castro. Esa augusta trinidad encarna la racial saudade atlántica. Frei Agostinho buscó las vecindades del cielo. Estuvo más cerca de Dios pero estuvo más lejos de los hombres. A Anthero—ese formidable obelisco marmóreo erigido frente al mar—le faltó capacidad de sufrimiento para, esperar a Dios y para conciliarse con la vida. Y desesperado: "forzó

a tiros la puerta de la muerte... Rosalía fué el fiel de la balanza. Lo divino, a un lado. Lo terreno, al otro. Y su excelsa serenidad como centro. Eso es todo.

Ochenta y siete años han pasado sobre este suelo escarnecido de la Tierra Madre. Ochenta y siete años de dolor, de ignominia y de vergüenza. Pero, en la hora aciaga, la paloma sagrada de su recuerdo—como en la divina leyenda céltica—baja a posarse en el árbol de mi emoción.

Francisco Luis BERNARDEZ

“LA MUIÑEIRA”

El día que rodó el primer organillo por las carreteras de Galicia el tipismo en aquella región sufrió una grave merma en sus interesantes características. Abrirse al piano de manubrio tuvo en Galicia la misma importancia que abrirse a los suevos, y mucha más que soportar en las lejanas edades las invasiones periódicas de los normandos que amarraban sus embarcaciones en el fondo apacible de las rías y se desparramaban corajudos y ansiosos de botín por los verdes valles y las montañas de tercio pelo del hermoso país.

El avance del organillo fué el avance de una civilización distinta, antagónica. Ante ella se replegó un poco el gaitero hacia el corazón de Galicia. El gaitero era una de las más altas instituciones de los lugares; tenía y tiene esa honda poesía del arte instintivamente ejercido: ¿Cómo germinaba en el alma del toso labriego el divino amor a la armonía de los sonidos? Algunos de ellos eran compositores también. Muchas veces, durante la lectura de "La dama gris", de Sudermann, hemos creído encontrar en su protagonista rasgos que podrían ser comunes a estos músicos populares de la vieja Suevia.

El organillo es la chulapería, la degeneración, la pobreza espiritual. La gaita es la montaña brava y el valle sencillo. El piano de manu-

brio es el peinado de tufos y el tango de los lunares. La gaita es la gorra de candil, y el mantelo pudoroso, y el "alalá" lleno de melancolía y de sentimiento. El uno, es la navaja; el otro, el garrote; el uno, es el vino agrio y malo de Valdepeñas; el otro, el vino de Rivero de Avia, que deja en las blancas tazas una mancha donde hay un suave matiz morado.

Con el gaitero fué retirándose la "muiñeira", y la "ribeirana", y otros bailes de gran interés típico. La "muiñeira" es una de las danzas más antiguas de la región, nacida en tiempos remotísimos, en la que parece haber cierta imitación al cortijo del gallo entre sus hembras. La "muiñeira" es un baile espectacular, ante el cual no puede sentirse nunca esa impresión de ridículo que puede producir un chulo dando vueltas "a izquierdas" sobre los tacones. Si cesase la música, si presenciásemos unos bailes en una película, esta pareja girando gravemente durante un cuarto de hora, rígida y solemne, concluiría por hacernos saltar una carcajada; los mismos bailarines de las danzas modernas nos causarían una impresión análoga: los pasos del vals moderno, los saltitos cómicos del "fox-trot". En la "muiñeira", como en esos bailes antiguos que tenido un "asunto", una idea generatriz representativa queda un

gran prestigio, una gran nobleza, una sencillez que nos hace sentir derarlos con respeto.

Van desapareciendo asimismo algunos de los elementos que antes subrayaban el carácter de la fiesta. Los trajes de los labradores han perdido también su tipismo. Las fábricas catalanas han triunfado de los humildes telares aldeanos; los trajes hechos, vendidos en las ferias a infimos precios, van uniformando a todos los campesinos. Los blancos calzados cortos; las cirolas las polainas rematadas sobre los zuecos en un burlón; los chalecos rojos, o amarillos, o azules; la breve chaqueta de remontas llevada sobre el hombro... todo ha desaparecido. En lo íntimo de Galicia vive, sin embargo, todo esto. Por los veranos, en las fiestas de los pueblos, bajan a las ciudades grupos de bailarines que danzan las danzas clásicas del país. Y entonces, cuando los aturuzos taladran, al final, los aires, toda la ciudad, que está envenenando al campo, se alza conmovida en un solo aplauso y en un solo clamor, con un súbito amor a sus orígenes.

W. Fernández FLOREZ

PUMA OS

Con frecuencia recibimos los eriodistas libros remitidos por sus autores, sin duda alguna, para que luego les elogiemos en las columnas y los diarios. Y como pago a tal atención, pergeñamos unos renglones insinceros diciendo, poco más o menos, que la obra en cuestión es, después del "Don Quijote", una de las más notables que se conocen y, por tanto, se da por descontado que recomendamos su adquisición a los lectores.

En esta obra—que hoy llega a nuestras manos—un primoroso tomo de poesías festivas y sentencias de filosofía vulgar, que es acaso la más honda de las filosofías—no ocurre nada de lo apuntado. Su autor, D Segundo Cernuda, a quien profesamos de antiguo un entrañable afecto, ignora seguramente que nos dedicamos al periodismo y además, por otra parte, no necesita de nuestro pobre reclamo.

Don Segundo Cernuda, hombre bueno ante todo, maestro de periodistas de verdad, poeta fácil y castizo, intransigente con todo neologismo que no revela una pureza sin mácula en el idioma, enemigo declarado del adjetivo en el que encubren su carencia de ideas propias y su escasa habilidad para adaptarse a las ajenas los mediocres, fué durante muchos años redactor-jefe, alma más bien, de "El Norte de Castilla", y toda una generación de periodistas y muchos escritores de mérito, recibimos en nuestro Valladolid—hoy libre de aquel ambiente caciquil, pero aún sometido políticamente a los acomodaticios—sus inolvidables enseñanzas.

Don Segundo, retirado de la vida activa profesional, distrae sus ocios componiendo admirables poesías íntimas, muy semejantes por su intención y sinceridad a las de Bartrina, el gran poeta reusense.

El viril escritor, hablando de su pluma, dice: "Majada en mala intención—contra el rufián y el hampón—más de un disgusto me ha dado"; pero con ella he logrado—honrada reputación... Esta es la pluma y el estilo de don Segundo Cernuda.

Sin embargo, el libro por nosotros recibido adolece de una anomalía. La encontramos en la dedicatoria donde dice: "A mi buen amigo y paisano don... ¿quién? No, sin el, don Segundo. Y de tú, como hablan los hombres sanos a los un poco más jóvenes que, de todo corazón, les reverencian. TAXOS

O enterro do cacique

POR VEGA



—¿ E que tal persona era?

—Non che digo mais, senon que en trinta anos e a primeira

vez que o acompaño.

MAÑANA PUBLICAREMOS

La raza y la cultura

por FERNANDO DE LOS RIOS